

gislaciones históricas son variables y progresivas como las opiniones, mientras que la religión y el derecho filosófico son inmutables como la naturaleza humana y no reconocen otro dogma ni otra autoridad que los principios de la razón.

Al considerar la cosa de arriba, las religiones y las legislaciones positivas son expresiones diversas, cada vez más perfectas, de la idea religiosa y de la idea social, adaptadas al genio y la cultura de las naciones; unas y otras marchan hacia su ideal y deben despojarse gradualmente de las imperfecciones que han contraído en el curso de los siglos. Si, pues, la religión, el derecho y la moral están fundadas en la naturaleza humana y forman parte de nuestro destino, este destino no sabría acabarse sin ayuda de la filosofía. La filosofía puede ser contraria en teoría á tal ó cual sistema teológico ó político, pero es tan poco contraria á la religión, á la moral y á la sociedad que tiene precisamente por objeto el perfeccionar todas las manifestaciones de la vida moral, civil y religiosa. Además, la filosofía es por sí misma un derecho, un deber, una oración: un deber, puesto que es como la ciencia en general un objeto que seguir en la vida intelectual; un derecho, puesto que es una condición del cumplimiento del destino humano en todas sus relaciones con la razón; una oración, puesto que es una elevación del pensamiento hacia Dios.

Desde luego nos explicamos la influencia de la filosofía sobre la sociedad, sobre el progreso, sobre la marcha de la *civilización*. La sociedad es un organismo formado de instituciones civiles y morales que deben facilitar la realización del destino de todos. La perfección de la sociedad tiene por medida la perfección de estas instituciones ó de estos órganos de la vida pública, y las instituciones mismas se modifican y se mejoran en razón de la cultura de los individuos. Toda sociedad reposa sobre el hombre y se organiza sobre el modelo de la naturaleza humana, puesto que no tiene por objeto más que el desenvolvimiento integral de las facultades individuales. Los hombres hacen las instituciones y las instituciones forman la sociedad. El progreso social no es en el fondo más que una cuestión de educación. Tales hombres, tal sociedad, es la traducción exacta del axioma tal causa, tales efectos.

En consecuencia, todo lo que obra sobre los *individuos* y sobre las instituciones, debe obrar en el mismo sentido sobre la sociedad. Si los espíritus se elevan ó se deprimen, si los sentimientos se puri-

fican ó se corrompen, si los caracteres se afirman ó se degradan, la sociedad está en vías de progreso ó de decadencia. Pero la filosofía tiene por efecto formar los espíritus, los corazones y los caracteres, sometiéndolos al imperio de la razón, es decir, de la verdad y de la justicia. Es verdad que la filosofía como ciencia no se dirige á la muchedumbre y que su influencia no se hace sentir inmediatamente sobre las masas; pero eso no es más que un obstáculo momentáneo que no excluye, sino que retarda solamente su acción y la hace más segura. La filosofía es la precursora de la civilización; adelanta su época y anuncia la transformación que vá á cumplirse. Ejerce su efecto desde luego sobre los espíritus superiores, sobre los poetas, los literatos, los sábios, alguna vez sobre los jefes políticos ó religiosos de los pueblos, y de aquí ilustra por la enseñanza, por la prensa ó por la propaganda, ya como estudio, ya como tendencia, á la generación nueva, y sucesivamente á todas las capas de la sociedad. Cada verdad moral es un germen que se desenvuelve, que toma raíz en la conciencia, y que en lo venidero dará sus frutos, porque cae en un terreno fecundo y no se detiene en su crecimiento por circunstancias contrarias. El germen puede vegetar largo tiempo en un rincón oscuro de la tierra, si la hora de su efflorescencia no ha llegado; en este caso dejará pasar la ola de los acontecimientos y esperará su día. Nada se pierde en el mundo moral, pero tampoco nada se logra fuera del momento oportuno, según las leyes del desenvolvimiento de la humanidad.

Al contacto de la filosofía las *instituciones* se reforman. La filosofía inspira en todas partes el espíritu de libertad, de justicia y de tolerancia, que modifica y transforma poco á poco las instituciones decrepitas y opresivas. El poder civil ó religioso puede luchar contra este movimiento y puede comprimirle durante algún tiempo, pero no sabría hacerle entrar en la nada. Si emplea la violencia contra el libre pensamiento, perecerá por la violencia. La corriente que le impide avanzar gana más fuerza de hora en hora, hasta que llega á ser irresistible, y entonces inunda y devasta el país. Así es como se obtiene una revolución brutal, en vez de una transformación pacífica y regular. Los peores revolucionarios son los conservadores obstinados que no comprenden las necesidades de su tiempo y nada quieren ceder al progreso. La filosofía preserva á la sociedad de estos cataclismos, cuando se la deja como al arroyo la libertad de sus corrientes. Es como el para-rayos que descarga la electricidad de



que el cuerpo social está cargado, ó como la válvula que dá salida al vapor y previene la explosion. Dejad hacer, dejad pasar á la filosofía si amais la paz y el progreso. Tendreis quizá en algunos lugares una intemperancia de lenguaje, pero no tendreis abuso de fuerza, y el pensamiento, por otra parte, sana las heridas que hace. Pero ¿á qué los consejos? Es propio de doctrinas exclusivas ser intolerantes y perseguir, cuando tienen el poder, todo lo que supera su estrecho horizonte. Así es como la causa de la emancipacion intelectual tiene sus mártires.

Entre las instituciones que están más directamente expuestas á la influencia de la filosofía figuran en primer rango el *Estado*, la *Iglesia* y la *educacion*. La accion de la razon sobre estos órganos de la vida pública consiste en reivindicar su independencia recíproca y en desempeñar el ideal de la realidad. Si la Iglesia absorbe al Estado como en la Edad media, la filosofía se coloca al lado del Estado y proclama que no puede haber más que un poder en la sociedad, el poder civil, encargado de hacer reinar el derecho. Si el Estado ahoga las aspiraciones religiosas, como en la antigüedad y en los países que tienen una religion de Estado, la filosofía pide que los cultos sean libres y que cada comunión pueda administrarse á sí misma bajo la sola condicion de respetar los derechos de otras instituciones sociales. Si el Estado ó la Iglesia reclaman la direccion exclusiva de la educacion y de la enseñanza, la filosofía demuestra que la educacion pública debe á su vez organizarse á sí misma, bajo su propia base, fuera de toda intervencion política ó religiosa, como en los Estados Unidos de América. Independencia de todas las instituciones sociales en los límites del derecho, tal es la primera condicion de una organizacion racional de la sociedad. Pero la libertad no basta. Si las instituciones civiles y morales entregadas á sí mismas quedan estacionarias, la filosofía prosigue su obra reformadora por la crítica y por la elaboracion de lo ideal: á las legislaciones imperfectas opone el derecho natural, que es superior á las preocupaciones de raza y á las tradiciones nacionales; á las religiones intolerantes, la religion natural, que se dirige á la razon pura y puede comprender todos los séres racionales en la tierra y en el cielo; en fin, á los métodos viciosos, los métodos naturales, que desenvuelven armónicamente todas las fuerzas del espíritu humano.

Lo ideal pasará quizá por una *utopia*, y los hombres graves, que

imponen á lo venidero las reglas del pasado, podrán tratar de locura ó de quimera las enseñanzas de la filosofía. ¿Pero qué importa? La filosofía ha vencido otros muchos obstáculos. La utopia de un siglo es frecuentemente la realidad del siglo siguiente. Los utopistas pueden engañarse, pero son los que ven; saben desviarse del presente y contemplar lo futuro. Si el ideal de la humanidad está mal trazado, falto de conocimientos suficientes, será corregido por la ciencia; si está bien trazado, se realizará en tiempo y lugar, en los límites de lo posible, de cualquiera manera que se llame, ilusion ó verdad. Tal es la estrecha alianza de la *teoría* y la *práctica*, cuando se ven las cosas de arriba. La teoría tiene sus flaquezas sin duda, pero el error se elimina por la discusion, la verdad queda, y la verdad no puede dejar de ejercer tarde ó temprano su poder en el mundo moral. La sociedad obedece á la corriente de la filosofía, como el cuerpo sigue la direccion del espíritu; en otros términos, los principios gobiernan los hechos, ya se encarnen en un dogma como en la Edad media, ya se separen como en los tiempos modernos desde del Renacimiento. El mundo intelectual y el mundo material se reflejan mutuamente.

Todos los pueblos de Oriente ú Occidente que han representado algun papel en la historia tienen su literatura y su filosofía. La literatura es la expresion de su carácter y de su temperamento, de sus disposiciones y de sus tendencias; la filosofía es la más alta manifestacion de su génio nacional. Una nacion sin cultura literaria y filosófica no tiene influencia sobre los destinos del mundo. La extension de la influencia es proporcional á la profundidad de la cultura. Así es como la Grecia ha merecido el honor de llegar á ser la educadora del Oriente. Además el género de influencia de cada pueblo está indicado por el carácter de su filosofía. El panteismo de la India corresponde al génio contemplativo de los habitantes de esta comarca, y el dualismo persa al génio guerrero de las poblaciones del Iran; en los tiempos modernos la filosofía empírica conviene á las naciones que luchan por los intereses, y la filosofía especulativa á las naciones que luchan por el triunfo de las ideas; el pueblo romano resucitó en Inglaterra, y el pueblo ateniense en Francia. En fin, la vida de las naciones que se han señalado en la historia tiene su período ascendente y su período descendente, como la vida individual, y las mismas fases se vuelven á hallar aun en el desenvolvimiento del pensamiento. Los progresos y la deca-



dencia de la sociedad se leen en el progreso y en la decadencia de la filosofía. La caída de un pueblo iniciador que ha terminado su carrera es una *época crítica* en la vida de la humanidad, porque señala el paso de una forma de civilización á otra; señala el principio de una edad nueva. Cuando el cetro del progreso pasa de Oriente á Occidente, de Grecia á Roma, del feudalismo á la Reforma y á la revolucion, hay una disolucion moral y civil que prepara el nacimiento del gérmen llamado á la vida. La crisis correspondiente á la marcha de la filosofía es el *escepticismo*, y el escepticismo significa en efecto que un movimiento científico ha abortado y que otro vá á tomar su puesto, con la esperanza de mejorar cambiando de punto de vista. Cuando la duda ha desembarazado el terreno, se opera una nueva época, una *época orgánica* para la sociedad que se reconstituye, una época de *dogmatismo* para la filosofía que construye otros sistemas apoyados sobre una concepcion más clara ó más vasta del hombre, de la sociedad y de Dios. Así será siempre, hasta que la filosofía descansa sobre su verdadera base ó satisfaga plenamente las condiciones de la ciencia; entónces tambien la humanidad terrestre entrará en la edad de su madurez. La humanidad marcha á la conquista de la verdad y no se detendrá hasta haberla alcanzado. Por lo demás, estas irresoluciones de la historia tienen su utilidad. Conviene haber probado y apurado todas las formas del error para poseer la certeza.

Tomemos algunos ejemplos para probar mejor la correlacion entre los movimientos de la filosofía y los movimientos de la sociedad. En la historia de la *filosofía griega* se distingue una época de formacion ilustrada por las escuelas de Thales, de Pithágoras, de Xenófanes, una época de armonía personificada por Sócrates, Platon, Aristóteles, y una época de decadencia representada por las escuelas de Zenon y de Epicuro. Estas tres épocas coinciden exactamente con la juventud, la virilidad y la vejez de la nacion helénica. En todo este período, la filosofía combate el politeísmo, reforma la educacion, suaviza las costumbres, mantiene el derecho, prepara la vía á la predicacion cristiana. Mina sin intencion la existencia nacional de los griegos, pero trabaja en provecho de la humanidad. Cuando el escepticismo viene á trastornarla á su vez, ha acabado su obra. En el seno de la corrupcion del mundo antiguo se desenvolvía, en efecto, el gérmen de una doctrina nueva, que iba á despedir luz sobre el Oriente y sobre el Occidente, que estaba llamada

á civilizar los bárbaros y á reunir en una misma comunión todos los pueblos de la tierra. Pero el *cristianismo* se constituye precisamente en el momento en que se operaba en el Museo de Alejandría el encuentro de las dos corrientes de la filosofía griega y de la filosofía oriental, con sus caractéres marcados de claridad y de análisis, de entusiasmo y de iluminacion. Estas dos corrientes sostienen la nueva religion y la imprimen su direccion cosmopolita ó sus aspiraciones á la universalidad. La formacion y la organizacion de los dogmas se prosiguen despues bajo la inspiracion de Platon y Aristóteles: tal es la mision de la Edad media. La Edad moderna se abre en el Renacimiento por una nueva concepcion de Dios y de la humanidad. Los antiguos habian absorbido á Dios en el mundo; los Concilios resistiendo contra el panteísmo y el materialismo habian separado á Dios del universo y erigido un espiritualismo estrecho y ascético, que tenia su ideal en el monaquismo. Es preciso combinar ahora los dos puntos de vista de immanencia y trascendencia, ensanchar la nocion de Dios como sér infinito y absoluto, y reintegrar al mundo en sus derechos, asegurando al espíritu la libertad de conciencia y á la Naturaleza su respeto. Tal es el objeto que pretende la *filosofía moderna* con sus diversas escuelas idealista, naturalista y sintética, en Francia, en Inglaterra y en Alemania. Krausse termina este movimiento y dá su fórmula. Pero con la filosofía debe modificarse el estado social. La sociedad feudal estaba vaciada sobre los dogmas de la Edad media. La sociedad moderna aspira á la libertad y á la vida. Dos hechos capitales en el órden moral y en el órden civil resumen estas tendencias, la reforma y la revolucion francesa.

La *reforma protestante* no es ante todo más que una expresion mitigada del espíritu de independencia que estalla en el Renacimiento. Se anuncia como una vuelta al cristianismo primitivo, como una reaccion contra la dominacion del papado y contra el ascetismo monacal, pero vá mucho más allá de las miras de su fundador. Librando al espíritu de toda autoridad humana y sacerdotal, inaugura la libertad de exámen, y el exámen dirigido desde luego contra las reglas y las prácticas de la Iglesia no tardará en referirse á los dogmas y al contenido de la revelacion. Así es como el protestantismo vá extendiéndose sin cesar, y no conserva casi más que el fondo moral y racional de toda religion. Los socinianos y los unitarios, que rechazan la Trinidad y subordinan la revelacion á la



razon, se declaran por la reforma. La religion natural defendida por la filosofia pura halla, pues, nuevos aliados en el seno de las comuniones protestantes. Pero la libertad religiosa no basta al hombre. Así como los literatos y humanistas del Renacimiento, apasionados por la antigüedad, prepararon la reforma, de la misma manera Lutero y Calvino allanaron el camino á Voltaire y á Rousseau, y la filosofia del siglo diez y ocho, á su vez, provocó la *revolucion francesa*, es decir, la proclamacion de los derechos del hombre y del ciudadano ó el advenimiento del régimen constitucional en el continente. El siglo último pasa por el siglo de la incredulidad, pero estos pretendidos escépticos no rechazaban más que las preocupaciones, las supersticiones, los abusos de la autoridad civil y religiosa, tenían fé en la verdad, en la justicia, en la razon, predicaban la libertad, la tolerancia, la igualdad, la fraternidad, sin distincion de cultos, condiciones ó nacionalidades. Su escepticismo era un arma para derribar las instituciones del pasado; su dogmatismo servia de fundamento á la sociedad del porvenir (1).

Todas las grandes revoluciones que se han cumplido en la sociedad han sido, pues, producidas bajo la influencia directa de la filosofia. Todo hace presumir que la misma relacion se mantendrá en lo sucesivo, tanto más cuanto que la cultura filosófica se generaliza cada dia por la organizacion de la enseñanza superior. Conviene ante todo examinar la última cuestion, á saber, cuál puede ser la *mision de la filosofia en nuestra época*.

La mision actual de la filosofia es acabar la obra que ha principiado en el Renacimiento y que no ha recibido aun su conclusion, á pesar de los esfuerzos de Descartes, Spinoza, Leibnitz, Kant, Hegel, Cousin, Reynaud. La revolucion francesa es el punto de partida de una nueva *organizacion* económica y moral de la sociedad, en que se deben conciliar los derechos del individuo con los de la autoridad pública y constituir las relaciones armónicas del Estado con las demás instituciones sociales. Este es un vasto problema que está aun léjos de resolverse. Nada hay que suprimir en los elementos sociales que nos ha legado la tradicion, ni la propiedad, ni la familia, ni la religion, ni la justicia; pero todos los órganos de la sociedad deben ser mejor desenvueltos y mejor coordinados entre sí. La cuestion no consiste en saber si habrá aun cambios en las re-

(1) F. Laurent. *Études sur l'histoire de l'humanité*.

laciones sociales, sino qué cambios deben introducirse. La ignorancia, la supersticion, la criminalidad, la miseria, deben ser combatidas y destruidas en lo que tienen de más repugnante. El antagonismo debe cesar entre los intereses, la contradiccion entre las teorías, la anarquía entre las instituciones civiles y religiosas, industriales y morales. Es preciso que el mundo material como el mundo intelectual se eleve á la unidad por el acuerdo de todas las fuerzas. Esta es la tarea que se impone á la filosofia y que no podrá llenar si no se constituye definitivamente como ciencia, como ciencia completa y práctica.

La reforma y la revolucion francesa, luchando contra el régimen religioso y político del pasado, son el prelude de una nueva *época orgánica* en la vida de la Humanidad. En esta época es preciso un sistema orgánico, y este sistema para responder á las necesidades del presente debe comprender el principio absoluto de la ciencia, y deducir gradualmente sus aplicaciones religiosas, morales y jurídicas, completando las concepciones de las edades anteriores. Se trata, pues, en lo que concierne á la vida de los hombres y de los pueblos sobre la tierra, de elaborar de nuevo, pero esta vez sobre una base científica, *el ideal de la humanidad*, que los grandes espíritus de todos los tiempos no habian entrevisto más que á través de las preocupaciones de su época. Este ideal abraza todo el sistema de derechos y deberes de los hombres, aislados y reunidos, en todos los grados y bajo todas las formas de asociacion, en el conjunto de sus relaciones con Dios, con la Naturaleza y con el mundo moral. No desprecia ningun interés de la naturaleza humana, pero subordina todos los intereses de la sensibilidad á los principios de la razon. Las necesidades del cuerpo deben satisfacerse en una larga medida y lo mismo sucede en los trabajos del espíritu. La teoria ascética y monacal de la vida ha desaparecido para siempre. La filosofia se une á la economía política para reclamar una distribucion más equitativa de las riquezas.

Pero no conviene tampoco por una reaccion inmoderada sacrificar los intereses morales de la Humanidad á los intereses de la materia, al culto de la Naturaleza. De esta reaccion ciega, favorecida por las maravillas de la industria y por el desenvolvimiento prodigioso de las ciencias naturales, procede el *materialismo contemporáneo*. La filosofia como ciencia nada tiene que temer de este movimiento, pero debe combatirle, en nombre de la razon, á fin de pre-



servar á las nuevas generaciones de la invasion de los apetitos más groseros. Materialismo y filosofía son términos contradictorios. Los materialistas de nuestros días no son espíritus filosóficos, sino espíritus antifilosóficos, que ignoran absolutamente la nocion y las condiciones de la filosofía, y aun la historia y las consecuencias de la doctrina que profesan.

¿Pero exponiendo el ideal de la sociedad, la filosofía no dá la mano al *socialismo* y á la *revolucion*? El *socialismo* hace hoy día el efecto de un espectro rojo sobre muchos espíritus, desde los acontecimientos de 1848. Bueno es que la filosofía explique este asunto, porque puede explicarse sin pasion. Si por *socialismo* se entiende una *teoría* de organizacion social, el *socialismo* no es otra cosa que una aplicacion verdadera ó falsa de la filosofía del derecho público, y no puede obrar más que pacífica y útilmente sobre las inteligencias, descubriendo las imperfecciones del régimen actual. En este sentido, Platon y Aristóteles, San Agustin y Fenelon, Campanella y Tomás Moro, Montesquieu y Kant, en una palabra, todos los pensadores que saben elevarse sobre los hechos, son *socialistas* como Roberto Owen, Saint-Simon, Cárlos Fourier, Augusto Comte ó Collins. El *socialismo* así comprendido no ofrece más peligros que el estudio de la astronomía ó de la economía política, y no ha llevado jamás la menor sombra á ningun gobierno que se respete. Condenar un libro de discusion filosófica bajo pretexto de *socialismo* seria tan estúpido como proscribir la poesia ó prohibir la crítica literaria. Es verdad que la discusion puede amenazar una reforma en las instituciones y que la reforma es á la vez la precursora de una revolucion, pero las revoluciones engendradas regularmente por la diffusion de las luces son, en la sociedad como en el individuo, consecuencia natural y necesaria del desarrollo de la vida. Una nacion que cesa de adelantar es una nacion que muere. El progreso no es un efecto del libre albedrío del hombre, es una ley que debe cumplirse, y que se cumplirá por la fuerza si se quiere embarazar su marcha. Tal es la enseñanza de la historia. La historia de la filosofía refiere las revoluciones de las ideas, y la historia política las revoluciones de la sociedad. ¿Cuál es el hombre ilustrado hoy día que deplora la revolucion socrática ó cartesiana, la revolucion cristiana ó musulmana? ¿Quién no desea que semejantes revoluciones puedan cumplirse en todas las razas y sobre todos los continentes de la tierra?

Pero si se entiende por *socialismo* un *partido político* que quiere trastornar el gobierno por todos los medios, hasta por la violencia, que busca apoderarse del poder, á fin de abolir las instituciones actuales y establecer otras por medio de decretos, la filosofía nada de comun tiene con el *socialismo* ni con la revolucion y debe comba-tirlas como funestos errores. La filosofía quiere la paz, no la guerra. Puede excusar la guerra en caso de legitima defensa, para la conservacion del derecho, pero jamás admitirá, con un sofista contemporáneo, que el derecho sea la fuerza. La teoría del éxito, que aprueba los hechos consumados, cuando triunfan, no es de la filosofía, sino de la brutalidad. Esto es tanto como decir: el fin justifica los medios. La filosofía no es un partido, sino una ciencia. Los partidos son frecuentemente exclusivos é intolerantes, porque no comprenden más que una parte de la verdad; la filosofía, como ciencia de lo ideal, está en disposicion de juzgar todos los partidos con igual imparcialidad. Sus simpatías están de parte del progreso, de la libertad, de la democracia, esto no es dudoso, pero sus primeras aspiraciones son para la verdad, para la justicia, para la moralidad; en consecuencia adopta todos los partidos que se conforman á estos principios, y los abandona desde que cesan de defender la causa del derecho. Su divisa invariable es *adelante!* el progreso por la libertad, y la libertad por la educacion! Tales son las condiciones de un desenvolvimiento normal de la vida pública: sin la educacion, la libertad no lleva más que frutos mal sanos ó emponzoñados; sin la libertad, el progreso no descende á la conciencia. Si se olvidan estas condiciones, cada paso hácia adelante será seguido por dos pasos hácia atrás. Los *socialistas* se figuran desde luego que la sociedad es una máquina que se puede montar y desmontar á su gusto; creen que una ley basta para abolir la propiedad, para suprimir el matrimonio ó la religion. Es menester desengañarlos, respecto á esto: la sociedad es un organismo, donde todo está en relacion con todo, de suerte que la lesion de un sólo órgano puede arrojar la perturbacion en el cuerpo entero. Pero no se debe desdeñar la advertencia que nos dan. El *socialismo* no es un accidente efimero de nuestra época. Ha nacido de la gran crisis de 1789, y responde á la necesidad de reorganizar la sociedad segun un nuevo ideal. Sus planes pueden ser malos, porque son el producto de la imaginacion más bien que de la ciencia: es necesario dirigirlos y completarlos por la discusion, en lugar de pasarlos en silen-



cio. Cuanto predica el *comunismo*, tiene un vivo sentimiento de los abusos del *individualismo* llevado al extremo. Nada más justo que los dos principios y nada más sencillo que conciliarlos: sin individualismo, ninguna libertad; sin comunismo, ninguna igualdad. En la fórmula de la organización, el elemento de la comunidad representa la unidad, y el elemento individual la variedad. Su acuerdo se halla en la *asociación*, y la asociación es la armonía. La asociación, hé aquí el remedio de la anarquía que trabaja las sociedades modernas. Es la última palabra de las escuelas socialistas, es también, pero en una acepción más extensa, tanto como asociación moral, religiosa y pedagógica, cuanto como asociación de producción, de consumo ó de socorros, el fundamento del ideal de la humanidad.

## II.

## HISTORIA.

La filosofía, no es toda la ciencia, sino la ciencia de los principios; solamente ella abraza todos los principios; es una ciencia universal que se extiende á todos los dominios de la realidad. Los principios son el objeto de un conocimiento racional, independiente de la observación; pero al lado de los principios existen hechos ó fenómenos, que son objeto de un conocimiento experimental. Tal es el lugar de la *historia* en el sistema de la ciencia una y entera. La historia no es tampoco toda la ciencia, sino la ciencia de los hechos; solamente se aplica á todos los hechos y no es ménos universal que la filosofía. La historia en su más lata acepción es todo el *sistema del conocimiento experimental*.

La historia es á la filosofía, como los hechos son á los principios. La una tiene por objeto lo que llega á ser, lo que es ó ha sido; la otra, lo que debe ser, lo que es inmutable y necesario. La historia es la ciencia de la *realidad*, como la filosofía es la ciencia de lo ideal. Los hechos son las manifestaciones de la vida en el *pasado* y en el *presente*, la realidad se detiene en el instante actual, en el umbral del porvenir: tales son además la significación y el límite de la historia en el tiempo: á la historia no concierne la existencia eterna, sino la vida; no se apoya sobre el destino futuro, sino sobre los acontecimientos contemporáneos ó pasados, mientras que lo

ideal es aplicable á todos los tiempos. Los principios de la filosofía se expresan *à priori* bajo la forma de un juicio universal y apodíctico; los hechos de la historia se expresan *à posteriori* bajo la forma de un juicio afirmativo y singular ó particular. La historia no emplea más que el método analítico, porque la intuición basta para comprender los fenómenos, y el conocimiento de las causas traspasa ya los límites de la observación pura; si los hechos pudiesen deducirse unos de otros como los principios, no serían contingentes, sino necesarios, y la historia podría construirse *à priori* para lo venidero como para lo pasado. Al contrario, la filosofía debe recurrir á los dos procedimientos del método, á la intuición y á la deducción.

La historia y la filosofía son *independientes* una de otra, pero deben completarse mutuamente. No es indispensable conocer los principios para esponer una serie de hechos, ni conocer los hechos para desarrollar las consecuencias de un principio. La intuición opera sola por un lado, y el razonamiento por otro. Es necesario, además, en historia, ponerse en guardia contra los principios ó contra las teorías preconcebidas, para no exponerse á desnaturalizar los hechos. Esta es la principal *dificultad* de la ciencia.

Se trata en la historia de sentar hechos, todos los hechos, nada más que hechos. Pero ¿cómo distinguir un hecho real de un hecho apócrifo ó imaginario? ¿Cómo separar la realidad de la apariencia ó de la ilusión? Respecto de los hechos pasados ó remotos, debemos referirnos al *testimonio* de otro; pero el testigo ¿no tiene algún interés en faltar á la verdad, ó no está involuntariamente bajo la influencia de las preocupaciones de casta, de secta ó de nación, que le oculten la verdadera situación de las cosas y le impidan conocer el valor de los hechos? Es lo que en efecto acontece frecuentemente. La crítica entonces debe ejercerse, y es tan bien ejercida en nuestros días, que casi tiene enteramente rehecha la historia antigua que nos habían dejado los antiguos. Respecto de los hechos presentes que estamos en estado de *observar* nosotros mismos, la certeza es más fácil de adquirir. Gracias á la cultura general del espíritu, los historiadores modernos son mejores que sus predecesores en estado de ver los hechos en sí mismos, con calma é imparcialidad, abstracción hecha de toda opinión sistemática. Y no obstante, es frecuentemente muy difícil en las operaciones delicadas del análisis ó aun en la confección de las estadísticas contemporáneas, convenirse de la existencia de un hecho. En materia de fenómenos so-